

—la luz que venía de la tienda pegó en sus lentes y pensé por unos segundo que estaba ciego.

Anduvimos un rato en un molesto silencio. No supe qué deseaba, por qué me había llamado la noche anterior para pedir que nos encontráramos al fin del partido. Lo había visto varias veces en la oficina del entrenador, nada más. Y de pronto una noche me llama y me dice que es profesor universitario, que ha seguido mi carrera de cerca y desea charlar conmigo.

—Pelé me recuerda a mi esposa y al Metro de París

—murmuró con un suspiro. Me sorprendía que no reparara en mi silencio, en mi cansancio. Quizá pensaba que yo era un pobre muchacho de pueblo y sólo debía oír y callar. El entrenador lo había dicho: para ser crac no se necesita pensar, sí ver dónde y quién tiene la pelota. Yo quería ser un crac y creí que debía escuchar lo de Pelé. Carlos hablaba de él, de su esposa y del Metro de París.

Compró en una tienda dos latas de cerveza y seguimos caminando. No quise beber. Él sacó un librito de bolsillo de su chaqueta y echó allí la lata que yo había rechazado. La noche corría a la par con las nubes; el aire parecía inmóvil. Carlos miró a su alrededor, al cielo como si se ahogara; aspiró su cigarrillo, lo tiró y lo deshizo con la punta del zapato:

—¿No odias esta ciudad? Yo sí. Si fuera tú me habría quedado en España. En este país de mierda sólo hay oportunidades para los canallas.

—No di resultados, se terminó el contrato y aquí estoy

—contesté sintiéndome inferior, como si él hubiera invertido su dinero en mí y yo hubiera fracasado o fuera un canalla.

—Los europeos no saben nada de fútbol. No debe sentirte mal por eso. Yo también viví en Europa y sé lo que se siente. Mírame. Trabajo en una universidad de segunda categoría y

estudié en la Sorbona —dijo con amargura. Acababa de destripar la colilla y encendía otro cigarrillo. Examinó la calle como a los jugadores en el camerino y con un dedo pegó los lentes a la cara. Escupió y dejó por un momento el sorbo de cerveza en los carrillos. Me miró y lo tragó de golpe. Creí que me abrazaría o algo así y sentí pánico. No me gustaba cómo iba a mi lado, tan cerca, ni que me mirara de ese modo. Torció los labios y dijo:

—En el setenta y cuatro vivía con otros colombianos en París y estudiaba economía en la Sorbona gracias a una beca. Mis compañeros jamás me perdonaron que utilizara el dinero que tenía para ver jugar a Pelé en Madrid. Es uno de los partidos más mediocres que he presenciado en mi vida. Al salir del estadio me arrepentí de haber invertido el tiempo y parte del dinero en semejante chasco. Sin embargo, me quedé unos días aprovechando el piso que la conserje, donde vivía en París, me prestara sin el consentimiento de su esposo —Carlos bebía sorbitos de su lata y fumaba. Hizo un viento fuerte y la bufanda pareció apretarse contra él—. ‘Puedes quedarte una semana allí, no más. Mi marido negocia con mercancía de Toledo, y ya sabes, puede llegar de un momento a otro. Así que regresa cuanto antes’, me dijo entregándome la llave y la dirección del apartamento. Quedaba en el Servando Batanero número tres, lo recuerdo bien.

Al cuarto día en Madrid compré el billete de regreso. No podía soportar la soledad de las calles en verano y ese no poder hacer nada si no tienes dinero en los bolsillos. Es curioso, pero sólo en Madrid añoré a Bogotá, sus nubes y el color del cielo; en París no. Allí todo el mundo estaba en casa, y lo que es más raro, en la casa de la niñez. Podías vivir sin un franco y no sentir hambre, sólo el frío arrollador, el gris y el terrible color del cielo que no tiene ninguna ciudad del mundo. Tal vez Bogotá, no te miento. Además, me sentía culpable, aunque en ese momento creía que no, que era

vergüenza. También sabía que mis amigos se burlarían de lo que me había sucedido en Madrid y eso me fastidiaba.

Pensé en mi madre de nuevo, en lo mucho que odiaba viajar, en cómo podía vivir sola en ese clima infernal de Girardot. Aún no entendía por qué no me había acompañado a Europa. Sabía de lo que Carlos hablaba. La soledad no me había dejado jugar con pasión.

—Como te decía, el partido fue un fiasco. Creí que esa escapada había sido uno de mis grandes errores y a la vez una simpática aventura. Las necesidades económicas por las que pasé luego casi me obligaron a abandonarlo todo, pues mis padres me retiraron la ayuda por un tiempo. Imaginé que regresaría a Bogotá con la marca del fracaso, todo por un capricho. Pero hubo un final feliz: conocí a Helena y pude terminar mis estudios.

Carlos hizo una pausa. La colilla iluminó su boca y la tiró lejos. Me sentí decepcionado, pues parecía haber olvidado lo de Pelé. Sólo un hombre así podía contar eso. Además, era evidente que mentía. Me sentí insultado. Creí que nos separaríamos, y cuando iba a despedirme, continuó:

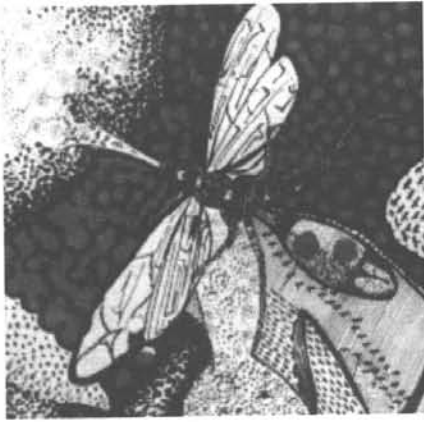
—Después de tanto tiempo puedo reconocer el valor de esos sucesos. Como te decía, el partido fue mediocre: 3 a 1, perdiendo los brasileños contra el Valladolid. Ahora entiendo que el marcador no interesa. Lo importante es que Pelé jugó solo, y lo hizo como tal vez jamás lo sospechó, con la prudencia y la sensibilidad y de los que han conocido la miseria. Los forofos lo abuchearon, arrojaron porquerías a la cancha y la policía tuvo que intervenir. No te quiero aburrir con todo eso. Hoy jugaste igual que Pelé en aquella época. Estoy pasmado de la similitud de tu juego con el suyo, ése es el verdadero fútbol. Me has regalado veintitrés años de mi vida y te lo agradezco.

Estaba aturdido. Carlos hablaba de manera atropellada y apretada, bajo el brazo, ahora lo advertía, un diccionario de sinónimos. Nos

detuvimos. Se quitó las gafas y me miró, con la boca entreabierta, a la espera de algo. Me eché para atrás, se caló las gafas y seguimos caminando. Quise saber qué deseaba de mí, por qué me adulaba, contaba cosas que no me interesaban y quizá no eran ciertas. Las últimas palabras habían sonado chillonas y lo tuve lo bastante cerca como para desear pegarle. Yo tenía veintidós años y, después de lo de España, estaba en mi mejor momento. Mi madre un día me dijo que había luchado bastante para llegar a donde estaba y que no tenía que soportar nada, ni siquiera las preguntas estúpidas de los periodistas. Carlos empezó a hablar de nuevo de su época deportiva, y si al principio entendí que había jugado en un equipo profesional, ahora me enteraba que había pertenecido a un oscuro equipo de tercera división.

—¿Conoció a su esposa en Madrid? —lo corté fastidiado por su actitud sumisa, queriendo que acabara de contar su historia y se fuera. Me molestaban sus confidencias y la familiaridad con que me trataba. Lo vi ajustar el absurdo diccionario bajo el sobaco y beber de su lata. Explicó que lo había comprado en un puestico de revistas por nada.

—¡Vaya! Eres un observador excelente —soltó con entusiasmo—. Sí. Bueno, a mi esposa, exactamente, no. Ella vivía con su madre, un piso debajo de donde yo estaba. Nos conocimos en la escalera el primer día; ella subía con la compra. Enseguida advertimos que éramos colombianos. Charlamos un momento y vi que llevaba alcachofas, un kilo, tal vez, y otro tanto de patatas. Comprendí que no la pasaban bien, que ésa era la cena para varios días. Me despedí de ella y al día siguiente fui al estadio. Cuando regresé, la encontré en la puerta de su apartamento. Sentí remordimiento por el dinero que acababa de malgastar. Hablamos hasta la madrugada. Estaba harta de las penurias y anhelaba volver a Colombia. Sus ojos me rompieron el corazón.



Tres meses después, estando en París, recibí una carta suya. Me preguntaba si todavía la quería, si volvería a España sólo por ella, no para ver el final de la Recopa de Europa. No me proponía que nos encontráramos en Madrid, y eso me sorprendió. Su familia había conseguido lo de un pasaje y un empleo para su madre en Bogotá. Ella regresaría después. Cuando recibí su carta llevaba una semana en Hendaya; en la posdata decía que anhelaba verme. Me prometí que nunca la vería. Pero a los dos meses, lleno de dudas y presentimientos, tomé un tren para allá. Se aproximaba el invierno y el frío era tenaz. La encontré en la estación de trenes donde, a espaldas de las autoridades, dormía y se lavaba. Desde que la vi, deseé tener valor para abandonarla, y en medio de mi arrepentimiento por no haber ido antes, resolví enviarla de regreso a Colombia. Estaba embarazada, y en su carta no lo había mencionado. Me sentí perdido y engañado. Me resistí a creer que ese hijo fuera de mí. No podía aceptar que había ido a Madrid sólo para que sucediera eso, y que de entre tantos con quienes ella se relacionara, yo la hubiera embarazado. Sin embargo, sabía que sólo había dormido conmigo. En aquel momento no le creí, pero sentí pena por ella y la llevé a París. Desde el primer día fue una desgracia. Como en Hendaya, temía salir del terminal y caminar por la ciudad. En las estaciones siempre hay

lugar para uno más, murmuraba sin atreverse a abandonar el Metro, obsesionada con las líneas secundarias que se detenían cada cinco minutos para dejar y recoger pasajeros. Se quedaba mirando las caras de las personas que se renovaban en cada parada, como buscando en ellas un rostro familiar o la fuerza para alcanzar la superficie de la ciudad que nos aguardaba. La aterraba imaginar que al salir yo fuera alguien más que al ir por las calles desaparece tras una puerta con la baguette bajo el brazo.

—¿Ves? —me decía cuando creía ver a alguien por segunda o tercera vez—. En el Metro nadie se pierde. Es fácil dar una vuelta y encontrar a la misma persona de nuevo.

Existen gestos y manías en las mujeres — Carlos hizo un chasquido, bebió el último sorbo de cerveza y arrugó su rostro como arrepentido por la confesión— que una vez vimos en la muchacha que amamos. A los dos meses de estar conmigo llegó una carta y un poco de dinero de su madre. Después de una fuerte discusión y de completar lo del pasaje, Helena regresó a Bogotá. Yo me quedé dos años más, mientras terminaba mis estudios. Durante ese tiempo creí ver en las jóvenes del Metro los ojos suplicantes que encontré en Helena aquella mañana en la estación de Hendaya, y pensaba, con rabia, que su hijo también era de mí. En ellas se repetía expresión de sus labios, el gorro negro para protegerse del frío terrible, su mano ahuecada para tomar un poco de agua del grifo público y enjuagar los dientes. Veía su chaqueta raída que le iba hasta las rodillas, su nariz roja y con una gota de agua en la punta. En Hendaya, cuando echamos a caminar por el andén, me había dicho que no quería salir de la estación, que comprara los billetes y partiéramos de inmediato. Tiempo después me enteré que no había visto la ciudad; tenía pánico de perderse, de que yo fuera a buscarla y no la encontrara. Había vivido más de dos meses en la estación esperándome; nunca

imaginé algo así, nunca. En otros lugares y en otro tiempo he visto esos gestos por separado: unos labios que se muerden ante la espera, la sonrisa de quien ve descender al ser querido, las manos entre los bolsillos, impacientes; la señora solitaria que arrastra su maleta de ruedas como si fuera un perrito. Cada uno me ha devuelto a Helena y a esa vieja estación cuyos andenes me sugerían, no sé por qué, historias trágicas y vergonzosas de la Segunda Guerra Mundial, historias de mujeres que fueron a esperar a hombres que nunca regresaron de la Guerra. Pienso que fue sentirme engañado, verla pobre y embarazada en la estación de Hendaya, no aquellos días en Madrid, lo que me hizo querer olvidarla cuando volví a Bogotá. Creerás que la miseria y las situaciones extremas unen a los seres humanos. No es así. El ser humano es odioso y malvado y en esas situaciones se torna rapaz y mezquino. En Madrid me aproveché de su desgracia, pues era increíblemente bonita y ella necesitaba dinero. Después de horas de conversación y unas noches juntos le juré que lo del dinero –para mí pagaba su compañía y compraba mi conciencia–, era un préstamo. Cuando volví a París no quise saber más de ella; me abrumaba su pobreza, pero no dejaba de soñar con su ternura, con esa manera de estar ahí sin esperar nada. En Hendaya sólo vi el gesto de una mujer lavando sus dientes en un grifo público. Esa mujer única y sencilla era Helena.

Nos detuvimos en la entrada del edificio donde yo vivía y Carlos arrojó la colilla. Me observó unos segundos y bajó los ojos. Su voz había cambiado. Miró hacia lo alto de la construcción y jugó con la lata vacía. Tanteó entre los bolsillos y encendió un cigarrillo.

–Cuando regresé a Bogotá, Helena aseguró que nuestro hijo había muerto –Carlos mordió sus labios y espió mis gestos–. Habían pasado cinco años y nunca le escribí una carta. No me mires así. Ya debes saber de qué te estoy hablando. No estoy loco y tampoco pretendo

nada de ti. Desde que volviste de España has tenido la actitud de un capitán en la cancha, y sé que no soportas a un hombre como yo. ¿Has visto jugar a Pelé? A veces muchos jugamos como él: hacemos un pase, un guiño, nos empleamos a fondo y somos cracs. Otras, no. Hace una semana, cuando estaba en la tribuna, miraste hacia donde yo estaba y pareció que me reconocías. Entonces recordé a tu madre en la escalera y vi que ella, como Pelé, jugaba sola, sin importarle si al final de su partido ganaba o no.

Sentí tanta ira que deseé golpearlo. Mi madre se llamaba María Helena, no Helena a secas, y jamás se habría relacionado con tipo así. Apreté los puños y Carlos, azorado, se templó hacia atrás. Iba a partirle la cara, pero ese gesto me detuvo. Las personas verdaderas a veces también se definen con un gesto. Ese hombre sólo era un embaucador. Sentí que algo me estorbaba y, cuando advertí que era el maletín, lo dejé caer al suelo.

– ¡Váyase! –grité en su rostro temblando de furia.

Sorprendido, Carlos aplastó la lata vacía entre sus manos, la dejó con cuidado en el suelo y me preguntó si por allí conseguiría un taxi. No le respondí. Quise saber a cuántos les había contado la misma historia. Ya el entrenador me había advertido de él y, por un momento, cuando la voz le salió chillona, tuve la ilusión de que era mi padre. Habíamos caído en ese silencio molesto en el que, después de una confesión, nadie tiene algo que decir.

–Caminaré –dijo exhalando con fuerza y ajustando el diccionario de sinónimos bajo el sobaco.

Mientras se alejaba, limpié en mi pantalón la palma de la mano que Carlos había estrechado al encontrarnos en el camerino. Sentí miedo de mí y rabia por ese hombre que, apretando un ridículo librito, se perdía en la calle como si llevara una baguette bajo el brazo.

**hojas Universitarias.....**

# Una vez en Atures\*

Oscar Arcos Palma  
Egresado del Taller de Escritores  
Universidad Central

Así fue la última vez en Atures, el día que se intentó recomponer la paz al estilo de los viejos tiempos, rota por la hoja sin amolar de Emilio Medina al cabo de ciento diez años de buen morir. La hoja había penetrado en el cuerpo de Ignacio Ampudia a causa de una casquivana llegada de la costa del Mar de Balboa, dotada de tales secretillos que atrapaba incluso a los ingleses, haciéndoles creer que la colonizaban, asunto muy atractivo para ellos que desconocían, por no ser la morena asidua de la Calle del Farolito, su condición de mujer incontinente.

Olvidada y aislada la ciudad del resto del país –no para los extranjeros, a quienes nada les era vedado– entre dos ríos estrepitosos y honduras, sus calles y los campos de verde ondulante que la circundaban habían sido, durante más de un siglo, un auténtico paraíso. Nadie robaba, las agresiones y los crímenes eran sólo recuerdos difusos, y cada individuo hacía lo que quería con ellos desde la desaparición del viejo Silva, último depositario del pasado muerto por los años.

Cada tarde de sábado, de visita en la casona de Rafael Elcana, el viejo Silva solía contar a una veintena de muchachos los acontecimientos de sangre escuchados cuando niño en boca de sus mayores, además de los hechos heroicos de un puñado de hombres nacidos en Atures, las exploraciones que los condujeron hasta la frontera demarcada por ese río enloquecido que en alguna parte de su curso todavía se llama el

- Olvidada y aislada la ciudad del resto del país –no para los extranjeros, a quienes nada les era vedado– entre dos ríos estrepitosos y honduras, sus calles y los campos de verde ondulante que la circundaban habían sido, durante más de un siglo, un auténtico paraíso.

Juanambú, las privaciones en selvas y páramos del país desconocido al otro lado de sus márgenes, los dos años que tardaron en alcanzar la Costa Atlántica, los tres meses de navegar a lomo de océano, al término de los cuales descubrieron una gran península, hacía cosa ya de cinco siglos. Después de su muerte, cada vecino relataba por su gusto antiguos hechos de homicidio, violaciones, hurtos,

---

\*Segundo Premio del X Concurso Nacional de Cuento para Trabajadores, Medellín, 2000.